

Título: Renacimiento Seudónimo: Axis

Como de costumbre, la ansiedad fue creciendo desde el fondo de su ser más íntimo, lenta e incesantemente, como si de una fuerza invasora al acecho se tratara. Comenzaba con depurada estrategia por el vientre y se extendía por el pecho, la pelvis y los brazos, hasta alcanzar los muslos y las pantorrillas. Por último, su mismo rostro se veía invadido por aquel sentimiento que, aunque desagradable, era para entonces ya tan usual como el acto mismo de respirar. Al fruncir el ceño involuntariamente, arquear la boca en una mueca grotesca y sentir los párpados titilantes, Varian sabía que ya era hora de resignarse a abandonar la inútil terquedad de intentar reconciliar el sueño perdido y encarar el día de una vez. ¡Pero qué difícil era hacerlo, qué aterrador enfrentar lo desconocido!. Es posible enfrentar cierto grado de incertidumbre, pero nunca una absoluta y total. Cualquiera que supiese su secreto tendría a bien suponer que ya la costumbre habría hecho mella., pero no, era imposible someterse pasivamente a esa aparente rutina pervertida y engañosa de su vida que, irónicamente, no tenía nada de rutinario. Nadie podría haberlo hecho. Para él, las mañanas no se reconocían por el brillo refrescante del amanecer, por la paulatina falta de sueño, por una placentera sensación de energías renovadas o por el impulso de enfrentar la jornada segura e intuita de antemano; por el contrario, era aquel angustiante nudo que se iba como solidificando en la boca de su estómago, acompañado de leves escalofríos y sudores localizados, lo que le anunciaba el comienzo de un nuevo e indeterminado día cargado de perplejidades, temores, inseguridades. La ansiedad del despertar era lo único que permanecía inalterable día tras día, era su refugio y su tortura, su única certeza y su eterna pena. Eso y la pesadilla recurrente, en la que corría y corría (¿hacia donde? ¿buscando qué cosa?), huyendo aterrado (¿de qué? ¿de quién?) para siempre despertar en este estado de desconcierto. Y hoy no era diferente. Nunca era diferente aunque, de una u otra forma, siempre lo fuera.

Aspiró profundamente, casi un suspiro interminable, apenas un alivio efímero, liberador - cada aspiración tan llena de vida como aquella primera, cada exhalación aproximándonos un ápice a la última. El aire se sentía cálido y espeso, denso, irrespirable. Sintió un ardor interno subiéndole desde lo más profundo de su ser. Era la primera conciencia de lo que le esperaba una vez más. El contacto de las sábanas en el torso le incomodó, pareciéndole húmedo y viscoso, pegajoso por su propio sudor frío, pero curiosamente la sensación era bien diferente en la zona de sus piernas. Allí las

sábanas se sentían frescas, la piel seca y suave. Hasta podría decirse que sentía frío desde sus pies hasta la cintura y desde allí un calor abrasador lo asfixiaba hasta la cabeza, pero aun así no osaría descubrirse. Por el contrario, se aferró a las mantas como quien se aferra a la vida mismo. Se cubrió hasta la nariz. Las preguntas de siempre brotaban a borbotones en su mente: ¿valía la pena seguir con esta existencia?, ¿era una virtud o una condena?, ¿era ilusorio aguardar por el cambio que le trajera estabilidad, confianza, bienestar?, y por último ¿era esa esperanza su aliada o su enemiga? Sintió miedo. Miedo, agotamiento, confusión, frío y calor, todo a la vez. Imposible habituarse a ello tampoco, aunque fuera lo usual cada maldita mañana. Como la norma lo dictaba, no podía saber dónde se encontraba ni qué le estaría aguardando para cuando finalmente se decidiera a abrir los ojos. Así era desde que tenía uso de razón, pero la costumbre no siempre destierra temores. Y era también por esto que, cargado de desconfianza, el paso del tiempo y de las experiencias fue convirtiendo paulatinamente a sus párpados, esas delgadas películas epidérmicas, en la frontera tangible entre el mundo externo, traicionero y desconocido, y su mundo íntimo, privado, único refugio invariable y eterno con que contaba desde siempre, y al que nadie nunca tendría acceso. Sus párpados eran, así, la inexpugnable barrera divisoria entre la seguridad nocturna y la incertidumbre del día por venir, lo que separaba la segura oscuridad de la cruda claridad con toda su brutal honestidad. En ocasiones, cuando las circunstancias lo permitían y la charla lo admitía, comentaba como al pasar que eran sus párpados la parte preferida de su cuerpo, y solía sonreír divertido al ver las expresiones de sorpresa que se dibujaban en el rostro de su interlocutor de turno ante tan insólito comentario. Comprendía que aquello sonara fuera de lugar, pedante y frívolo, algo verdaderamente inesperado de un hombre, hasta un tanto narcisista podría decirse, pero se regocijaba para sus adentros al ser el único conocedor de las razones ocultas para tan inusitada aseveración. Nunca las explicaría, claro. ¿Para qué hacerlo? Si nadie lo comprendería, o, si acaso lo hicieran, cosa harto difícil, se limitarían a considerarlo todo como una delirante fantasía más, original, eso sí, pero fantasía al fin, de la misma forma en que el lector lo considerará a continuación. Porque Varian, ya es hora de decirlo, despertaba cada día a una vida diferente. Total y absolutamente diferente

¿Qué certeza puede tenerse cada mañana de que los recuerdos de nuestra existencia pasada no sean más que creaciones mentales, elucubraciones de nuestra psiquis, cual sueños que no diferenciamos de lo real? Como las notas de una orquesta perfectamente sincronizada, ¿pueden nuestras vidas, las de cada uno de nosotros, estar

tan armoniosamente ordenadas y entrelazadas unas con otras de forma que sea imposible dudar de nuestros pasados, aunque estos no hayan existido como tales? ¿Puede, cada día, cada despertar, ser un hecho aislado y único, y volverse así un nuevo renacimiento, un florecimiento a una realidad inédita e inusual, aunque teñida de una familiaridad incuestionable? ¿Es posible que nuestra memoria sea una mera farsa manipuladora que nos engaña a creer en lo irreal, o, más bien, un bagaje de información fundacional y fundamental, gracias al cual esta existencia se cargue de algo de sentido a nuestros ojos? Lo que creemos que sucedió ayer, ¿sucedió realmente? ¿Podemos asegurarlo a rajatabla? ¿Acaso tenemos pruebas fehacientes de ello, más allá de nuestros pretendidos *recuerdos*? ¿Podríamos concebir que, al despertar, *nacemos* a una nueva ilusión de vida extensa pero a la vez efímera, que de hecho acabara de empezar y que terminará al cabo de unas pocas horas, al volver a caer en los brazos del sueño, ese sueño que ahora sí debería compararse abiertamente y sin escrúpulos a la muerte misma, ya que estaría arrastrándonos de una vida a otra? ¿Puede el dormir ser en realidad una transición, un túnel secreto, de la misma forma en que los que creen en la reencarnación consideran a la muerte como un paso de una vida a la siguiente? ¿Con qué seguridad determinamos los lapsos de tiempo inherentes a la vida misma? ¿Por qué una existencia humana típica debe ser de unas cuantas décadas y no de unas pocas horas, como la de las mariposas? ¿Es posible asegurar que lo que creemos haber vivido y experimentado en carne propia no sea más que una ilusión tan arraigada que nos resulte así inverosímil siquiera considerar que sea falsa? ¿Es nuestra vida realmente algo más que una sucesión de eventos inconexos y arbitrarios que nos esforzamos en hilvanar sin propósito alguno, pretendiendo darle un sentido amplio y magnífico, en ansias de una unidad que invariablemente se ve mellada, defraudándonos? ¿Podrían nuestras vidas, las de todos nosotros, limitarse a ser como piezas de un gigantesco rompecabezas que forman una imagen nítida y contundente tan sólo por un día, para volver a armarse de forma totalmente diferente a continuación, generando así una nueva imagen, una nueva sincronía de existencias, una novedosa realidad oculta en la bruma de lo cotidiano? ¿Podría ser todo mera *escenografía*, y nosotros simples actores inconscientes pero con libretos bien definidos? No pretendo que dicho concepto sea aceptado sin más por el escéptico lector como una certeza, sino tan sólo como una posibilidad entre tantas, cuanto más no sea mínima en sus probabilidades. Desde el instante en que exista una sombra de duda en nuestras mentes se mantendrá abierta la rendija por donde se pueda espiar a la verdad y, con algo de suerte, descubrirla desnuda y sin donde ocultarse. Pero,

a diferencia de nosotros, que cuanto mucho jugaremos momentáneamente con la idea de lo efímero, para Varian esto era tan cierto e incuestionable como el aire que respiraba. Lo sabía con toda seguridad, y lo sabía porque lo recordaba. En él, la memoria fallaba, pero fallaba de forma opuesta a lo que el mortal común podría entender: en él, la memoria fallaba porque no le permitía olvidar. Y al no poder olvidarlo, había adoptado la costumbre de escribirlo como un medio para relajarse. Escribir era, para él, ayudar a la memoria, deshacerse de bagaje inútil. En definitiva, ¿para qué se escribe si no es para recordar? O, mejor aun, tal vez se escriba para poder olvidar.

Sólo su diario lo acompañaba en su deambular incierto por variadas existencias inconexas. Sin importar dónde o cómo despertara, aun en la más insólita de las situaciones, a su lado siempre estaría aquel cuaderno roído y de tapas de cuero crudo ya gastado, en donde anotaba puntillosamente los avatares de cada día - de cada vida que le tocara en suerte. Su existencia, serie de múltiples vidas esporádicas, se encontraba registrada en aquel manuscrito desde que tenía uso de razón y capacidad de escribir, sin propósito alguno más que demostrarle a él, a Varian, que no deliraba, que, para bien o para mal, así pasaba su existencia por este mundo. Con algo de temor y mucha cautela, valiéndose de movimientos leves pero sobre todo sin abrir los ojos, fue tanteando hasta hallar el borde de la cama en donde estaba tendido. Al menos sabía eso: estaba en una cama. ¡Y con sábanas limpias y perfumadas! Estos felices hallazgos comenzaban a agradecerse en silencio desde temprano cuando se vivía como él lo hacía. Se disfrutaban los pequeños placeres y se mantenía uno alerta para lo inesperado, para la próxima debacle, para el siguiente ataque, que sin dudas llegaría. Más de una vez había despertado en inusitados sitios, como cuando aterrado sintió entre sueños el rugir del mar a su lado y abrió los ojos para encontrarse en una precaria barca, en medio de un océano vastísimo azotado por una tormenta; o aquella otra ocasión en que despertó tiritando de frío y sintiendo su cuerpo anquilosado, sólo para descubrirse echado sobre el piso de piedra de un frío y húmedo calabozo; u, oportunidad esta más feliz, aquel despertar calmo y pacífico sobre un calido banco de un parque bañado de Sol y calor, en una nítida mañana estival rodeado de niños de risillas pudorosas que lo observaban con curiosidad. Claro que también se amontonaban en su memoria y en su diario innumerables despertares más *usuales*, por llamarlos de alguna manera, en toda clase de camas, sofás, poltronas, reposeras, hamacas, catres, butacas, literas, camillas y camastros, al punto de sentirse a veces como una especie de catálogo andante de mobiliario de reposo Pero volviendo a la cama en cuestión, la que con sus suaves

mantos lo abrazaba ahora, a su izquierda parecía estar el borde más próximo, sus dedos lentos subieron y bajaron hasta sacar el brazo de bajo las sábanas, y entonces procedió a buscar, siempre a ciegas y con sutiles y acompasados movimientos, la mesa de luz que no siempre estaba allí, lo sabía por experiencia. Pero esta vez la halló. Y sobre ella, como era de esperar, su cuaderno. Sólo se cercioraba, sabía por la misma experiencia recién mencionada que estaría allí, en algún lugar, pero el contacto con aquel cuero rugoso y tan familiar era lo único que lograba darle un ápice de tranquilidad y estabilidad confiable en una vida de sorpresas e incertidumbres constantes. Recordó secarlo cuidadosamente al sol luego de una inoportuna lluvia que lo caló hasta los huesos, o salvarlo del fuego al despertar en medio de un hospital en llamas y con desconocidos gritando de pánico a su alrededor mientras se atropellaban unos a otros. Recordó protegerlo en un bolsillo durante su jornada como recolector de uvas en un viñedo, llevarlo en un maletín aquel día en que vivió como un ejecutivo y arrastrarlo con una cuerda atada a su cintura aquel otro en que le tocó vagar sediento por un desierto interminable, aguardando impaciente caer abatido por el cansancio para así poder escapar y pasar cuanto antes a la siguiente realidad que le tocara en suerte. Sí, sin dudas era aquel librito toda su fortuna y su compañía, su melancolía y su refugio, y se tranquilizó un ápice al saberlo cerca.

El siguiente paso era intentar determinar si estaba a solas o acompañado. Cada mañana rogaba encontrarse a solas en una habitación cerrada en donde pudiera comprender mejor su nueva situación, sin apuros, interiorizarse al menos parcialmente de su condición y ordenar sus pensamientos antes de enfrentar las sorpresas de la jornada, pero esto se daba las menos de las veces. De hecho, se había vuelto bastante competente en lo que a actuación, apariencias y estilos se refería. Le bastaba dar un vistazo a un lugar, a su decoración, a las ropas o accesorios que hubiera allí (si los hubiera), escuchar el murmullo de la calle (si la hubiera) o de las personas que lo acompañaran (si las hubiera), incluso aspirar el mismo aroma del aire que se respiraba en el lugar, para darle una idea cuanto más no sea aproximada de la clase de sitio en que se hallaba y del día que podría esperarle. No se deben desestimar los pequeños detalles que tanto aportan, completando y enriqueciendo el paisaje de la vida que se nos pasa. Una vez más esa sensación, mezcla de orgullo, humillación y agotamiento, de sentirse un mero catálogo, aunque esta vez de primeras impresiones. Dicen que el hombre es un animal de costumbre y adaptación al medio, y Varian era la viva confirmación de ello. Es fascinante lo que el hombre aprende con el tiempo. La capacidad de sorpresa de un

hombre es inversamente proporcional a su experiencia. Las vivencias, todas ellas, son callos emocionales que nos endurecen el alma... Pero volviendo a la confirmación de su situación en lo referente al acompañamiento o soledad: en primer lugar lo prudente en estos casos era permanecer relativamente inmóvil, intentando respirar pausado y en silencio, acompasadamente, como si aun se continuara dormitando. Un leve gesto despreocupado ayudaba. Debía afinarse muy bien el oído y registrar todo sonido, por muy insignificante que pudiera parecer. Nunca se sabía cuál de todos ellos daría la pista deseada para dilucidar al menos en parte el enigma. Además, con los años Varian había ejercitado y desarrollado ese sentido ignoto que todos tenemos para presentir si estamos solos o acompañados. En ocasiones hasta había sido capaz de *sentir* una mirada ajena reposando en su rostro, como si realmente tuviera consistencia y peso sobre su piel. Cuando sucedía era una experiencia perturbadora en extremo, no sabiendo de quién provendría o cuales serían las circunstancias, y si tal ser, fuera quien fuera, estaría al acecho, con una latente agresividad, o mantendría por el contrario una actitud protectora o indiferente para con él. De cualquier manera, la mañana que nos ocupa no era de esas. Varian *sentía* la soledad, pero limitada a la habitación donde se encontraba. Diversos sonidos llegaban hasta sus oídos, sin dudas amortiguados por puertas y antecámaras. Sonaba como una casa grande, de más de un piso a juzgar por el repetitivo ruido de personas subiendo y bajando de cuando en cuando las escaleras rechinantes. ¿O se trataría de algún viejo hotel, tal vez? Eso sería ideal; anonimato, tranquilidad y libertad considerables venían de la mano cuando ello sucedía... Pero si así fiera resultaban desubicados los variados sonidos de cocina y cajones cerrándose estruendosamente. No, era probable que se tratara de una casona, tal vez hasta con criados, considerando la multitud de ruidos y voces diversas. También se escuchaban niños jugando afuera, quizás en el jardín o en la calle misma. Recordó tener hijos más de una vez durante su peregrinaje, de todas las edades y personalidades. Pero recordó especialmente el día en que ayudó a dar a luz a su mujer de aquel día ya lejano, una total desconocida, como de costumbre, pero aun así, durante aquellas horas, aquel ser puro e indefenso fue su hijo, su propio hijo. Lo tuvo entre sus brazos y llegó a amarlo inmensamente, y se resistió como nunca, aquella noche, a caer en manos del sueño que lo arrastraría dramática e irremediabilmente a otra realidad, lejos de aquella criatura que era ya parte de sí mismo, incuestionablemente, aunque en la vida hubiera compartido experiencia carnal alguna con su madre. ¡Qué vida miserable! ¡Qué tortura de existencia, aquella que le había tocado en suerte! ¿Por qué no podría ser como todos, llevar una vida normal sin saber la

verdad, aquella verdad que le socavaba el espíritu día a día, regocijarse en sus logros, inundarse de emociones, dejarse llevar por la carcajada plena y despreocupada del momento, y perderse en la ignorancia de saber que todo sería efímero, tan efímero? ¡Y reír, reír, reír hasta derramar lágrimas de risa! ¡Cómo hubiera deseado inundarse de ese sentimiento de continuidad vital, y experimentar el sentido de ilusión, proyecto, lucha y logro! En tantas ocasiones había visto enemigos de ayer volviéndose amigos eternos hoy, y seguros de serlo desde siempre y para siempre; o escuchado tantas voces vanagloriarse de experiencias pasadas que solo él comprendía como irreales, falsas, meros productos de fantasías impuestas, cual guiones de una cuidadosa producción teatral... Eran todos actores a su alrededor, justificando lo injustificable, recreando una existencia vacía de contenido que nadie parecía reconocer como tal. Y él era el solitario espectador cansado y aturdido por la falta de guión...

Sus ojos seguían cerrados, en un inocente esfuerzo por retrasar lo inevitable. Lo había intentado más de una vez, demorar el despertar, incluso intentar pasarse el día entero semi-dormido, pero sabía también por experiencia que siempre habría alguien que vendría a despertarlo, a reclamar su presencia en el mundo de los vivos. ¿No notaban acaso que era un inútil en esto de vivir? A pesar de acabar de despertar sintió mucho cansancio. Era esta constante rememoración lo que lo agotaba incluso antes de comenzar el día. Debería dejar de hacerlo, se propuso comenzar cuanto antes al día siguiente, la próxima vez que despertara no haría más que abrir los ojos de una vez, inmediatamente y preparado a cualquier cosa, como un salto al vacío, terminando con tanta angustia y consideración previa. Pero eso sería mañana., y mañana sería otra vida, otra pena, otra sorpresa, otra alegría, otro descubrimiento. Estaba aun lejos, muy lejos. Por hoy ya no quedaba otro camino que armarse de valor y abrir los ojos a su nueva realidad, luego de la cascada emocional que había vertido sobre sí mismo mediante múltiples recuerdos. Pero no se atrevía aun. Se preguntó si sería de esas ocasiones en que reconocería sin dificultades a las personas, si podría reconocer de inmediato a su esposa, si la tuviera, o a sus padres y hermanos, si allí estuvieran, o si podría presentir las personalidades de sus eventuales hijos, adivinar a sus amigos e intuir a sus enemigos... Las personas eran tan diferentes. Algunos eran misterios caminantes que llevaba tiempo y esfuerzo llegar a conocer - atributos estos de los que Varian carecía -, tan cerrados en sí mismos como almejas en su concha; otros, en cambio, eran transparentes, auténticos, exudaban sinceridad, carecían de secretos y se dejaban penetrar en sus intimidades como una esponja permite al agua pasearse por sus más

recónditos rincones. Estas eran sus preferidas. En cierta ocasión se había preguntado como sería él a los ojos ajenos, qué juicio abrirían los demás sobre su persona, si sería descubierto alguna vez como un intruso de la falsa verdad universalmente aceptada, pero ya no se preocupaba de estas cosas. Hacía tiempo que había comprendido que uno no es un ente autónomo y aislado, inalterable y completo, fiel a la percepción que se tiene de uno mismo, sino que se es el resultado de la combinación de nuestra propia esencia con la propensión a reconocernos favorable o negativamente que tenga un tercero. De esta forma, nada está realmente en nuestras manos. Somos alquimia emocional reactiva variable, tan sólo eso, y nada más que eso. Entonces una puerta cercana chirrió sobre sus goznes y lo desterró de sus elucubraciones vacías. Alguien susurró algo ininteligible a la distancia. Era hora de enfrentar su destino como todos. Y Varian, armándose de un valor rozando el delirio, apretó los dientes, hinchó sus pulmones, sintió el pulso acelerado de su corazón, tensó los músculos de su cuerpo tan joven y viejo a la vez, preparó su espíritu inquieto, apretó los párpados por unos segundos más y, por fin, se decidió a abrir sus ojos.